

¿Para quienes escribimos las/los trabajadoras sociales?: Reflexiones sobre el oficio de producir conocimiento desde la disciplina

For whom do we social workers write? Reflections on the profession of producing knowledge from the discipline

Andrea Comelin Fornés* - Sonia Brito Rodríguez**

Resumen: Este artículo problematiza la pregunta ¿para quienes escribimos las/los trabajadoras sociales? Desde el Trabajo Social ha sido central situarse en los espacios de generación de conocimientos para la intervención, a fin de incidir en diversos contextos y campos del saber. Sin embargo, hoy, desde la construcción del corpus teórico disciplinar surge la interpelación respecto de las audiencias y del oficio de producir conocimiento, iluminando los argumentos de esta búsqueda a través de una revisión documental. Los hallazgos indican que la disciplina debe transitar hacia conocimientos situados que nutran recursivamente la profesión en perspectiva de investigación e intervención, incorporando diversas miradas y epistemologías abiertas en función de una disciplina que busca aportar al estado del arte, pero al mismo tiempo a audiencias en contextos inéditos, tanto a las/los trabajadoras/es sociales situados en el campo de la acción, como a las/los sujetas/os que estos acompañan en las relaciones sociales complejas y emergentes.

Palabras Clave. Trabajo social, Producción de conocimiento, poder, incidencia social, audiencias

Abstract: This article problematizes the question for whom do we write social workers? From Social Work, it has been central to place oneself in the knowledge generation spaces for intervention, to influence various contexts and fields of knowledge. However, today, from the construction of the disciplinary theoretical corpus, the interpellation regarding the audiences and the office of producing knowledge arises, through a documentary review we illuminate the arguments of this search. The findings indicate that the discipline must move towards situated knowledge that recursively nourish the profession from a research and intervention perspective, incorporating various views and open epistemologies based on a discipline that seeks to contribute to the state of the art, but at the same time to audiences in contexts unpublished, both for social workers located in the field of action, and for the subjects that they accompany in complex and emerging social relationships.

Keywords. Social work, Production of knowledge, power, social incidence, audiences

Recibido: 30 septiembre 2021 Aceptado: 17 diciembre 2021

* Trabajadora Social y Licenciada en Trabajo Social P.U.C. Mg en Educación Superior U. Arturo Prat. Master en Intervención Social U. Internacional de la Rioja, España. Dra. © Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Académica e Investigadora U. de Tarapacá, Chile. ORCID <https://orcid.org/0000-0003-2010-6577>. E-mail: ancomelin@gmail.com

** Dra. Ciencias de la Educación, mención educación intercultural, Universidad de Santiago de Chile. Mg. Educación superior. Universidad Andrés Bello, Santiago Chile. Trabajadora social, Universidad Tecnológica Metropolitana, Santiago Chile. Académica-Investigadora, Escuela de Trabajo social, Universidad Autónoma de Chile. ORCID:0000-0002- 1211-1125. E-Mail: sonia.brito@uautonoma.cl

Introducción

Desde los inicios de la disciplina del Trabajo Social se ha entendido la existencia indiscutible de una necesaria relación dialéctica entre la teoría y la práctica. La relación indivisible entre teoría y práctica ya fue señalada por Mao Tse -Tung (citado por Palma), dentro del marco del materialismo dialéctico refiriendo que “la teoría depende de la práctica, que la base de la teoría es la práctica y que la teoría, a su vez, sirve a la práctica. La verdad de una noción o de una teoría no se determina por una apreciación subjetiva, sino por los resultados de la práctica social objetiva”. (1971, p. 9)

Lo anterior responde a que, en Trabajo Social, esta relación posibilita la comprensión de la realidad social mediante lecturas con posicionamientos epistemológicos y constructos teóricos conceptuales, como a la vez la reflexión sobre la acción en que intervenimos y co-construimos con los/as sujetos/as como respuestas a complejidades sociales, generando de ese modo aprendizajes y nuevos saberes.

Pero ¿de qué tipo de saberes hablamos cuando nos referimos a producir conocimiento desde el Trabajo Social?, ¿cuál es el fin de esa producción de conocimiento?, ¿para quienes lo producimos?, ¿de qué manera lo comunicamos?, ¿cómo nos aseguramos que otros trabajadores sociales puedan acceder a este conocimiento? ¿Escribimos para comunicar, impactar, incidir, impresionar, para qué lo hacemos?

El ejercicio de buscar respuestas se facilita mediante una revisión de nuestra historia, para encontrar claves discursivas, pero no como hechos aislados, ya que la práctica discursiva no es ajena al tiempo. Como plantea Foucault (1968), la práctica discursiva al presentar discontinuidades, quiebres, articulaciones, rescatar un saber, un campo, contiene enunciados situados o atravesados por la historia que se entrecruzan, se excluyen y sostienen, permitiendo su emergencia, expresando un campo de saber. Lo histórico restituye al enunciado su singularidad de acontecimiento, su posibilidad de emergencia.

En consecuencia, con lo anterior, el artículo se abordará metodológicamente con revisiones documentales de diversas/os autoras y autoras, lo que permitirá ir problematizando, desatando y recorriendo los nudos críticos, para ir atravesando la discusión respecto de la pregunta ¿para quienes escribimos las/los trabajadores sociales?, permitiéndonos reflexionar sobre el oficio de producir conocimiento desde la disciplina. Para transitar en esta reflexión desarrollamos cinco apartados. El primero, referido al trabajo social y la disciplina para acercarnos a la relación teórico-práctica desde nuestra historia disciplinar. El segundo acápite, denominado la fractura entre la teoría y la práctica nos aproxima a la vinculación y ruptura de esta relación en nuestro campo disciplinar. El tercero, da cuenta de las prácticas discursivas y del poder presentes en el dispositivo científico frente a la generación de conocimiento. El cuarto, desarrolla la pregunta, quiénes constituyen las audiencias del trabajo social, tratando de desanudar las concepciones y posicionamientos sobre ello y, finalmente, un quinto apartado, en el que arribamos a algunas conclusiones, las que más que cerrar el tema son una invitación a seguir construyendo.

La metodología para el desarrollo de este artículo se basó en una revisión documental que utilizó una mecánica inusual y ecléctica. Nos basamos en trasladar una técnica aplicada para obtener los sujetos muestrales en una investigación de tipo cualitativo, mediante la técnica de bola de nieve (Atkinson & Flint, 2001), pero esta vez, nuestros sujetos fueron documentos referidos a los distintos tipos de saberes y a la relación disciplina y generación de conocimiento en trabajo social. Cada uno de ellos, fue una invitación a acceder a nuevas lecturas, sin un orden rígido, sino que una apertura con sentido para establecer una búsqueda que nos permitiera responder a nuestra pregunta inicial.

Desde esta perspectiva se realizaron búsquedas desde lo general a lo particular, de tal modo de producir una hermenéutica original, donde el descubrimiento de lo dicho permitiera un salto cualitativo para transitar a otras búsquedas y, por tanto, los textos se transforman en posibilidades de expansión de lo dicho, emancipando la palabra del autor como una guía que permite transitar hacia otros campos semánticos.

El trabajo social y la disciplina

Nuestra profesión nace para dar respuesta a la cuestión social. Sin embargo, su enfoque primario no es la asistencia (Travi, 2001). La primera teórica de esta disciplina, Richmond (Bouquet, 2011; Barriga y Martínez, 2011), la sitúa como una profesión que debe sustentarse científicamente. Esto ocurre en un tiempo y contexto en donde las ciencias que se reconocen como tal son las denominadas exactas, encontrándose las Ciencias Sociales en un incipiente contexto de valoración como ciencias emergentes, que aún no adquirirían el estatus de tal. El trabajo social emerge en ese escenario tratando a su vez de alcanzar legitimidad dentro de las nuevas Ciencias Sociales, como una disciplina- profesión que se vincula con aquellos que la sociedad y sus dispositivos gobernantes trataron por mucho tiempo de esconder, ocultar, exterminar o controlar.

Su objeto de conocimiento es el hombre en su contexto y las relaciones sociales complejas que de ello se desprenden (Gonzalez-Saibene, 2014). Es por ello, que la producción de conocimiento y teoría disciplinar surge como una generación de conocimiento situado (Figari y Haber, 2010), ya que tiene que ver con su continuo transitar por el territorio y las historias vivenciadas por los sujetos en un contexto, en donde éstos construyen respuestas a sus complejidades y les otorgan sentidos a sus vivencias. Es un conocimiento que, si bien aporta permanentemente al estado del arte de la ciencia, tiene también el sentido de contribuir al enfrentamiento de las complejidades relacionales en las vivencias cotidiana de los sujetos y la transformación de su mundo.

Lo anterior, nos invita a reflexionar insertándonos en la comprensión de que no existe un único saber y una única forma de aproximarse a generar conocimiento, y que esa forma de comprender el conocimiento y su producción siempre está relacionada con el contexto sociohistórico transitado. Con el concepto de paradigma, Thomas Kuhn (2004), en su ensayo la estructura de las revoluciones científicas de 1962, apertura las condiciones de posibilidad para que la ciencia se entienda como una constante coexistencia de diversos paradigmas científicos, cuestionando de este modo, el positivismo empirista clásico como única vía de acceso a la generación de conocimiento. Se releva la idea de que la ciencia no implica acumulación progresiva y lineal de conocimiento, sino que cuando eso ocurre en un periodo, comienzan a aparecer miradas disidentes que provocan una revolución científica, que interrumpe la continuidad del paradigma anterior y hace surgir una nueva construcción, es decir un nuevo paradigma, cambiando los problemas de investigación y sus criterios de admisibilidad, como la aproximación hacia ellos, modificándose la estructura conceptual, sus teorías, métodos y criterios.

La presencia de un paradigma compartido por la comunidad científica, según Kuhn sería distintiva de las ciencias maduras, categoría en que no entrarían las Ciencias Sociales por ser pre-paradigmáticas o multi-paradigmáticas, al no presentar un paradigma compartido por toda la comunidad científica en esta área de las ciencias (Chalmers, 1990; Corbetta, 2007). Es por ello, que continuamente las Ciencias Sociales han tenido que estar tratando de legitimar el estatus científico de algunos de sus paradigmas, frente a la mirada hegemónica del positivismo, que funciona para las ciencias naturales.

Como se dijo ya anteriormente la generación de conocimiento no ocurre en el vacío, sino que, dentro de un contexto histórico-epocal. Al poco andar de la propuesta de Kuhn, fueron surgiendo

paralelamente los modelos capitalistas, neoliberales de libre mercado, para hoy ser un sistema con presencia global. Estos presentan Estados, en su mayoría de carácter periféricos o jibarizados frente a la primacía de la regulación del mercado, priorizando las soluciones individualizadas frente a las complejidades sociales. En ese escenario, en Chile, muchos trabajadores sociales, especialmente en el periodo de la dictadura, adoptan la postura de realizar su ejercicio profesional bajo la lógica de control social del Estado, reproduciendo modelos y esquemas de orden social, como operadores sociales, sin desplegar lecturas críticas que permitan abrir condiciones de posibilidad para la transformación social. Otros deciden transitar distintos territorios, avanzando con pasos de abierta resistencia y luchan sostenidamente tratando de rescatar una práctica situada, con bases científicas, buscando generar conocimiento y al mismo tiempo trabajar por los derechos humanos vulnerados y la restitución de la democracia, como aspiraba también Richmond en su tiempo (Bouquet, 2011).

Los/as Trabajadores/as Sociales que desarrollan esta última forma de ejercicio profesional generalmente se enfrentan a obstáculos. El primero está situado desde el segmento profesional con prácticas en dispositivos estatales que reproducen acciones de control social en su hacer, puesto que surge desde éstos una idea respecto de que la teoría es algo desconectado de la práctica, es decir que van por dos vías diferentes. Cual ilusión óptica, perciben que el pensamiento crítico está bien para las aulas universitarias, pero que lo que en ese espacio se discute está, por así decirlo, a una distancia considerable de ser aplicable a la realidad. Del mismo modo muchos profesionales inmersos en la práctica, a veces buscan explicaciones y herramientas que se desprendan de las construcciones teóricas para resolver situaciones de la práctica a modo de receta mágica a ser aplicada, subalternizando los conocimientos producidos a partir de la práctica, que, si bien no son teóricos porque se sustentan en el análisis de un objeto empírico, permiten nutrir la práctica, tornándose valiosísimos para mejorar el ejercicio cotidiano del trabajo social y que si se somete al ejercicio reflexivo a la luz de la teoría, construyendo a partir de los hallazgos empíricos un objeto teórico como un problema de investigación, al abordarlo permite nutrir el estado del arte y generar conocimiento científico (Muñoz-Arce, Hernández-Mary y Véliz-Bustamante, 2017; González-Saibene, 2014). Quizás es por lo anterior que muchas veces al caminar por el sendero de destacar nuestro hacer científico, hemos desechado la sistematización como herramienta para generar conocimiento a partir de la práctica, que, si bien es conocimiento para volver a repensar y hacer perfectible la práctica, permite al ser reflexionado por la teoría y construir un objeto teórico, nutrir a esta última y desde ese modo poner a su vez también la teoría al servicio de la práctica (Foucault, 1979; González-Saibene, 2014).

En ese estado de las cosas, frente a posturas diferentes de cómo enfrentar la práctica disciplinar y la generación de conocimiento, tensiones enfrentadas comienzan a fragmentar nuestro modo de posicionarnos y comprender cómo y qué tipo de saber es el que genera el trabajo social, y al mismo tiempo, se complejiza aún más la brecha entre teoría y práctica. El dar respuesta a cuál es nuestro objeto ha llenado múltiples páginas de reflexión, llegando incluso a hablarse del mito del objeto (González-Saibene, 2014). De esa búsqueda, emergen nuevas preguntas ¿la disciplina del Trabajo Social tiene solo un objeto?, ¿la producción de conocimiento es solo de un tipo de saber?, ¿cuáles son las audiencias y contextos del conocimiento producido en Trabajo Social? Entre estas preguntas la danza entre teoría y práctica no ha dejado de moverse, adoptando diferentes ritmos y espacios en los cuales vincularse y dialogar.

La fractura entre la teoría y la práctica: Una relación discutida en el contexto disciplinar.

La falsa dicotomía entre teoría y práctica, entre academia y gremio, no hace más que sostener discursos que se tornan excluyentes y que restan sentido a esta disciplina denominada Trabajo Social, cuya alma

está anclada en ese vínculo indivisible entre la teoría y la práctica. La teoría visibiliza, entrega categorías, explica la realidad, pero solo puede alcanzar su potencial transformativo al mediarse con la práctica (González-Saibene, 2014; Palma, 1971). La anterior situación, que declara la indivisibilidad de la relación teoría práctica, transforma en un imperativo ético la producción de conocimiento científico desde la profesión. No es un saber por saber, sino un saber que permita nutrir y nutrirse con el hacer. No cualquier hacer, sino un hacer situado, con y para otros, en un espacio territorial, en un cotidiano específico.

Esta fuerza discursiva cobra cuerpo dentro de una red de relaciones, espacios, decisiones, articulaciones de comunicación y reglamentos, entre otros, que la contiene, es decir la comunidad científica. Esta última hoy se visualiza como un espacio complejizado y fragmentado en múltiples paradigmas desde las Ciencias Sociales, en el intento de dar respuesta a una sociedad cada vez más complejizada y fragmentada a su vez, con grupos marginados y excluidos dentro de una globalización asentada en Estados neoliberales. Esto tensiona un estado arte, diverso y caleidoscópico, en tanto que la aproximación a la realidad implica plantear teorías de mediano alcance sin miradas totalizantes, asentadas en distintos paradigmas, enfoques y métodos para hacer ciencia. Algunos paradigmas dentro del dispositivo científico (Deleuze, 1989; García, 2011) aún tratan de manejar y demostrar posiciones de poder en tanto validez y consistencia frente a otros, que presentan aproximaciones distintas de ver y explicar el mundo, la realidad y la sociedad, presentando muchas veces discursos de descalificación entre ellos y otras veces una conveniente articulación.

Las fronteras disciplinares se desdibujan dada la compleja estructuración de la realidad social a conocer, surgiendo conflictos por los campos profesionales, no solo desde el hacer, sino que también sobre la legítima autoridad de hacer ciencia en áreas específicas del conocimiento, validadas por los entramados de poder relacionales que emergen del dispositivo mismo. En ese contexto, en variadas oportunidades, el Trabajo Social ha sido cuestionado desde dichos entramados de poder en su tarea de generar conocimiento científico, argumentándose desde otras disciplinas que dado que es una profesión eminentemente pragmática o centrada en el hacer, que se sirve de los postulados de las Ciencias Sociales para poder explicar la realidad sobre la cual interviene, no debería investigar, ni producir conocimiento científico.

Hurgar en los enunciados e historias que se encuentran en el margen, que desafían los discursos dominantes, permiten en un acto de rebeldía volver a los inicios del Trabajo Social y encontrar en ellos, en las precursoras las raíces de un trabajo social situado y distinto, cuya legitimidad no está puesta en el pragmatismo, en el hacer sin sustento, en donde la vinculación teoría-práctica no es desdeñada, sino que se releva, desenterrando conceptos, ideas y métodos respetuosos en el hacer. Un Trabajo Social que observa la importancia de generar conocimiento y se erige con fuerza en un movimiento de legitimación dentro de este dispositivo, la comunidad científica, en donde emerge como disciplina con Richmond, instalada desde sus inicios en las aulas universitarias (García et al, 2015), realizando lo que hoy podríamos señalar como investigación aplicada. En la actualidad, después de la atomización disciplinar que surgió como efecto de las dictaduras en nuestra región latinoamericana, ha ido desde hace algunas décadas retomando su origen con un sostenido aumento de producción científica, encuentros de investigación y la emergencia de Doctorados en Trabajo Social.

Sin embargo, la legitimidad disciplinar del Trabajo Social dentro del concierto de las Ciencias Sociales, como sobre la claridad respecto a la generación y uso del conocimiento, no solo obedecen a las situaciones anteriormente planteadas. Responde también a los entramados de poder que transitan en los dispositivos estatales, académicos y económicos y su compleja red de relaciones entre ellos en los que se articulan espacios, decisiones y políticas reglamentarias y económicas. No es difícil reconocer como el

modelo neoliberal ha tatuado a los Estados en los modos de entender la economía y la producción, como en los valores que impone socialmente. La producción a gran escala, la globalización de los mercados y la competitividad se han infiltrado en el centro neurálgico del orden social, que también forma parte del dispositivo e impacta en su red de relaciones y en sus articulaciones de poder. Hoy no basta con generar conocimiento, hay que ser productivo y tener impacto en esa producción.

Las prácticas discursivas y el poder en la generación de conocimiento hoy

Las prácticas discursivas, como señala Foucault (1968), dejan emerger acontecimientos, enunciados situados, y los que se utilizan hoy en la academia, están acuñados a partir de reglamentos y legislaciones sobre la práctica científica, sus espacios y posibilidades, cargados de neoliberalismo, competencia y producción. En la actualidad la generación de conocimiento no pasa a ser lo más relevante, sino que cobra relevancia el poder insertarse en espacios institucionales, cuyas normativas y leyes han complejizado los sistemas para acceder a los fondos de investigación, revelándose una competencia cada vez más extrema entre los postulantes. Publicar no solo tiene el objetivo de socializar el conocimiento a la comunidad científica, sino que lo apetecible es publicar en revistas de “alto impacto” para poder situarse en lo alto de los rankings. Dentro de esa lógica discursiva, hoy las universidades deben producir, generar divisas e ingresos. Su objetivo hace tiempo que ha dejado de ser solo la búsqueda de verdad y el desarrollo científico o formar profesionales. Las prácticas de generar conocimiento también se han atomizado, situándose en el acceso a concursos individuales de científicos/as, que articulan equipos generalmente a conveniencia, no de la reflexión sobre y para el saber, sino que, para una sostenida y profusa producción publicada de hallazgos de investigación. Hoy se habla de unidades de negocios, de producción de artículos, de impacto, de concurso por recursos, entre otros enunciados de ese estilo. ¿Es válido preguntarse entonces para qué generamos hoy conocimiento en nuestra comunidad científica?, ¿generamos conocimiento científico para que éste intermedie con la práctica para abordar la transformación o es para ser más productivos y subir en los rankings académicos o en las acreditaciones?

Una pista, quizás nos las da el entender que publicar, de preferencia en revistas indexadas de alto impacto que solo lee la misma comunidad científica, es una realidad que generalmente aleja las posibilidades acceso a los hallazgos científicos a quienes realizan la transformación social. Por lo mismo, muchas veces este aporte al estado del arte lo perciben con lejanía o sin utilidad de aplicación. Otra pista, que muestra la brutal competencia que se presenta dentro de las ciencias por los recursos y campos de investigación es el comportamiento en la asignación de financiamiento a proyectos de investigación de alta exigencia científica. En Chile, por ejemplo, puede observarse que la cantidad de proyectos FONDECYT asignados durante el año 2020 en su mayoría son proyectos del área de las Ciencias Naturales, Ciencias Exactas y Tecnología, que supera con creces los asignados a proyectos de las Ciencias Sociales y Humanas¹. Lo anterior da cuenta de la clara inclinación de la inversión en ciencia hacia disciplinas que puedan tener retorno económico y productivo desde sus hallazgos. El sistema nos está subjetivando como científicos neoliberales, extractivistas, aunque duela reconocerlo, alejándonos de la orientación de que nuestros resultados lleguen a quienes, real y éticamente nuestra disciplina nos señala como audiencias relevantes, para que este conocimiento nutra la práctica social para la transformación social y se articule y potencie con el saber sistematizado para el ejercicio de misma.

¹ Listado propuesta de seleccionados Concurso Fondecyt Regular 2020 (postulados en año 2019). Disponible en <https://www.conicyt.cl/fondecyt/files/2019/12/Regular-2020-N%C3%B3mina-propuesta-adjudicaci%C3%B3n.pdf>

¿Quiénes constituyen las audiencias del Trabajo social?

Para abordar esta pregunta, necesariamente debemos problematizar la finalidad o el telos de la construcción de conocimientos. Podríamos indicar que la disciplina del Trabajo Social tradicionalmente ha estado tensionada por aspectos paradigmáticos, éticos y metodológicos.

Un abordaje es a partir de la praxis social, esto es, recuperar los aprendizajes, experiencias a través de la sistematización para construir y transitar nuevas rutas, cuyos sustentos son los aspectos ético- políticos, teóricos- epistemológicos y metodológicos-técnicos. Otro ámbito, no excluyente del primero es la denominada investigación científica que permite generar conocimiento mediante el abordaje de un objeto teórico, aportando a través de esta última al estado del arte de las Ciencias Sociales.

La preeminencia de la ruta de investigación social como generadora de conocimientos, siempre refugiada en sus estrictas convenciones de implementación que parecieran demandar importantes cautelas académicas para poder llevarse a cabo, conspira para que las nuevas miradas del mundo social provenientes de otras vetas se establezcan en aparente jerarquía inferior y no sean consideradas como alamedas de mayor amplitud metodológica que permitan el libre tránsito de la intervención social y la sistematización como oportunidades de nuevo conocimiento (Castañeda, 2014, p. 125).

Las entradas al conocimiento pueden ser deductivas o inductivas, ambas vías son imprescindibles, puesto que permiten la posibilidad de ensanchar los circuitos de investigadores-interventores que aportan en el conocimiento situado, de tal modo de generar círculos virtuosos de retroalimentación. Es así, como desde la práctica se obtiene conocimientos que aportarán a mejorar las siguientes intervenciones, desde los ámbitos teóricos se levantan investigaciones que permiten empujar los conocimientos hacia otros campos semánticos. Estos circuitos en espiral son recursivos, van y vienen para erigir visiones amplias y sinópticas. Estos circuitos deben conectarse para hacer crecer la disciplina y, del mismo modo, también el estado del arte de las Ciencias Sociales.

Por tanto, el deber de la academia es aportar a partir de las investigaciones, hallazgos sobre objetos teóricos que, a su vez, deben aportar al despliegue interventivo como un circuito virtuoso. La investigación debe tener una responsabilidad axiológica y ontológica en la construcción del conocimiento, es decir, “la reflexión y a la construcción-deconstrucción de unas prácticas de saber que analice la naturalización de unas determinadas prácticas sociales de conocimiento” (Lorente 2002, p. 7).

Desde la intervención, por otro lado, como ya se ha planteado en este trabajo, es posible levantar conocimiento basado en las prácticas de la disciplina, tensionando el objeto empírico construido en base al hacer situado. Este conocimiento, mediado metodológicamente por el proceso de sistematización, permite nutrir nuevamente la práctica, como también puede, al ser tensionado por la teoría, aportar a la construcción de un objeto teórico, que, al ser mediado metodológicamente por la investigación científica entendida desde distintos paradigmas epistemológicos, permite nutrir el estado del arte disciplinar y de las Ciencias Sociales. Tal vez uno de los aspectos que ha sido difícil superar es “el problema del estatus epistemológico, en el que Trabajo Social se ha visto debatido a través de la historia, acerca de que no es ciencia básica ya que carece de objeto teórico propio” (Díaz, 2010, p. 249). Si bien es necesario mencionar que lo tecnológico del Trabajo Social ha sido superado, aún quedan resabios en una disciplina que está en construcción teórica y epistemológica. Esto no hace más que opacar la danza entre la producción de distintos saberes, sobre objetos diferentes, conocimientos cuya articulación es imprescindible para consolidar la identidad disciplinar y para comprender los fines de producción de conocimiento en Trabajo Social. Dentro de esa sintonía Carballeda, señala que “en las Ciencias Sociales predomina la descripción y explicación de los fenómenos sobre las formas de hacer, apareciendo como elemento secundario, inferior a las producciones teóricas” (2013, p. 33).

Por lo regular, se valora o sobre valora el saber experto, académico- academicista que construye conocimientos a través de las investigaciones, denominadas científicas y principalmente desde un hacer deductivo, cuestión que es necesaria e indispensable para aportar a la construcción del estado del arte. En ese sentido, “la producción de conocimientos se constituye como un imperativo ético no sólo para otorgar mayor jerarquía al oficio, sino porque las urgencias de este momento histórico y los desgarramientos sociales a los que asistimos así lo exigen” (Cazzaniga, 2009, p.14). Sin embargo, muchas veces ese imperativo ético se olvida y queda opacado cuando con frecuencia se escribe para las elites intelectuales o para otros/as académicos/as u otras disciplinas, empujando el campo investigativo hacia un estatus que permitan situar al Trabajo Social como una disciplina con vigilancia epistemológica.

Tal vez, en ese rigor, se ha descuidado generar conocimiento para la profesión y la generación y sostenimiento de una relación virtuosa de aprendizajes recursivos y en perspectiva de retroalimentación teórico-práctica, que permitan un dialogo permanente entre ambas. Lograr materializar el objetivo anterior rompe con la dicotomía histórica donde “el investigador era el que tomaba las decisiones clave y el profesional que implementaba las decisiones.” (Dodd y Epstein 2012, p. 197).

Frente al escenario anterior se hace indispensable preguntarnos quiénes son las audiencias, a qué público se está impactando cuando construimos conocimientos y dónde simbólicamente están posicionados. Responder esta pregunta es una tarea ardua, debido que la producción de conocimientos debe tener una perspectiva disciplinar. Sin embargo, también debe aportar a los requerimientos, necesidades y preguntas que, desde la práctica se levantan en circuitos virtuosos de diálogos fecundos, recursivos de aprendizajes y saberes que se construyen situadamente. Se puede observar de acuerdo a Castañeda que “la experiencia desarrollada sugiere que Trabajo Social es una profesión invisibilizada en sus méritos por las urgencias de lo cotidiano y que posee un escaso - y en ocasiones rígido - repertorio para comunicar aportes especializados al mundo social desde sus propios códigos”. (2014, p. 125)

Comprender que no hay objetos únicos de conocimiento, ni un solo tipo de conocimiento como planteaba Foucault (1979), permite transitar más allá de las rigideces presentes en la generación de conocimiento disciplinar. Comprender que no hay vías únicas y, que las vías, no son en sentido contrario-excluyente, sino que presentan una relación dialéctica, cuyo eje articulador es la realidad situada, permite a lo menos enfrentar las dudas y complejidades en esta relación, y de pasada poder identificar las audiencias que están presentes. Si la mayoría del conocimiento científico en trabajo social es a partir de la investigación aplicada y, si gran parte de la sistematización en Trabajo Social es desde el campo de lo social en el mundo cotidiano de las/los sujetas/os, nos abre la puerta a la comprensión de que estamos frente a una disciplina, que como descubrió Richmond en sus inicios fundantes, genera conocimiento situado. También un conocimiento basado en evidencias. Ambos permiten comprender que este conocimiento tiene como fin no anquilosarse en la comunidad científica o en los escenarios prácticos, sino que opere como una relación indivisible, cuyo tránsito es a través de un puente que permite una circulación dialógica y compartida entre saberes. Al mismo tiempo las audiencias son múltiples, puesto que este conocimiento no solo permite aportar al estado del arte de las Ciencias sociales, sino que también en su componente de alcanzar su potencial transformador (González-Saibene, 2014), debe necesariamente ser próximo a quienes están en el campo de la transformación social, refiriéndonos con esto a las/los trabajadoras/es sociales y a las/los sujetas/os que acompañan en las complejidades sociales que enfrentan cotidianamente en el mundo de la vida.

Conclusión

Retomar el rumbo, un rumbo que considere nuestros orígenes para aclarar nuestro norte e identidad parece ser la respuesta (García et al., 2015). Para ello, es importantísimo recordar que generar conocimiento situado, significa precisamente, un conocimiento localizado, ubicado, asentado en territorios, espacios y cuerpos que los transitan, que son cognoscentes y a la vez implicados en ese acto. En palabras de Figari y Haber, es “producción de conocimiento en investigación social de acuerdo con un enfoque epistemológico crítico” (2010, p.1).

Ese tipo de conocimiento corresponde a uno que no se deja atrapar por la falsa dicotomía sujeto-objeto, bajo la promesa de la objetividad, sino que, por el contrario, destaca la acción responsable y ética del sujeto cognoscente, que conoce con otros y se compromete con otredades al generar un conocimiento reflexivo, respetuoso e histórico. Ese conocimiento no se queda solamente en revistas de alto impacto, ya que, aunque puede transitar por sus páginas para formar parte del estado del arte, su fin último es el devolver, ser aprehendido y entregar sentidos a las prácticas situadas, ejercidas en los lugares y cuerpos desde donde emergió.

Desde ese espacio y lugar, surgen nuevas demandas disciplinares, que nos instan a validar nuestros orígenes, para realzar la riqueza de nuestra disciplina de la doble vía para levantar conocimiento, desde la práctica situada mediante el ejercicio reflexivo de la sistematización y desde la generación de conocimiento mediante la investigación científica, dejando atrás la ilusoria división entre la teoría y la práctica. Lo anterior, implica legitimar cada vez más los variados métodos que se articulan entre sí, sin subordinar la sistematización a la investigación, la práctica a la teoría y la profesión a la disciplina. Visibilizar los puentes, activar los caminos y desentrañar las formas, es algo que deberemos construir y legitimar en conjunto en esta disciplina y profesión, la más antigua en el concierto de las Ciencias Sociales en Chile.

En función de la demanda que señalamos, la que nos interpela como disciplina, es posible reconocer que no es una tarea fácil de alcanzar. Sabemos que hoy el Trabajo social contemporáneo necesariamente debe dar respuestas a una realidad social cada vez más compleja, por tanto, no es una opción, sino que es un imperativo el levantar elaboraciones teóricas e investigativas dando cuenta de esa complejidad social, político, cultural, económica considerando las vivencias experienciales de las/los sujetas/os. Sin embargo, queremos resaltar, como se ha planteado en este artículo, que aún se encuentran presentes nudos críticos por resolver referentes a la condición científica y recursiva de teoría y práctica. Dicho de otra forma, la discusión al respecto no es un capítulo cerrado, más bien es un tema sobre el cual la claridad irá emergiendo a medida que seamos capaces de salir de la postura pendular a una postura histórica situada, para abordar la incumbencia y alcance de la praxis social con sus consecuentes consensos y disidencias.

A partir de lo anterior, reflexionamos que no solo basta con resolver nuestro posicionamiento en el concierto de las Ciencias Sociales, donde ocupamos un lugar legitimado como ciencia que aporta con el conocimiento que genera. Es sobre todo relevante, para asentar lo anterior, que logremos enfrentar los nudos y preocupaciones que aún persisten en el imaginario de nuestra propia disciplina respecto de la pertinencia de la producción de conocimientos. Para lograr lo anterior, el paso previo es reconocer y enfrentar críticamente las tensiones históricas que muchas veces son invisibilizadas y que aún no logran ser resueltas, fracturando el ejercicio y abordaje disciplinar, tanto desde lo académico como desde la práctica, puesto que escasamente dialogan y se retroalimentan.

La histórica es persistente, pero la ilusoria dicotomía entre teoría y práctica nos ha hecho sostener en el imaginario que uno es el saber erudito, de elite y, el otro un saber situado y técnico, razón por la que, existen importantes conocimientos que son invisibilizados, no escuchados y desdeñados, olvidados y arrinconados. Esto nos lleva lamentablemente por el camino de la pérdida y atomización disciplinar, ya que escuchamos solo algunas voces, las voces de aquellas/os que detentan el poder de la información y la institucionalidad, perdiendo así la riqueza que hace del Trabajo Social una disciplina que se distingue por la danza dialéctica entre teoría y práctica en su sentipensar (Haraway, 1995; Lugones, 2014) al actuar éticamente, con fundamento científico, de manera situada, recogiendo y generando diferentes saberes que se complementan entre sí. Lo anterior se alcanza solo cuando se logra dar cabida a diferentes voces y retroalimentar a diferentes audiencias, considerándolas a todas con igual relevancia. Es un acto de honrar los cuerpos y territorios desde donde el conocimiento emerge y se construye, como también de honrar aquellos espacios en donde ese conocimiento se comparte y discute dentro del colectivo de las Ciencias Sociales, para volver nuevamente a la práctica situada para ser nuevamente interpelado por el territorio histórico situado y por ende enriquecido, continuando en ese proceso permanentemente.

Pararnos en y desde la dicotomía, teoría-práctica; conocimiento científico- conocimiento empírico, nos ha llevado a desdibujar los límites de nuestra identidad disciplinar. Generar y validar solo conocimiento científico nos inclina a vestirnos con otras disciplinas con el riesgo por ejemplo de sociologizarnos o psicologizarnos, ya que quizás hemos confundido el ejercicio de la transdisciplinariedad en la producción de conocimientos y saberes, caminando por senderos que no son los propios del Trabajo Social, reduciendo desde ese posicionamiento las audiencias de nuestra disciplina. Situarnos solo desde la producción de conocimiento desde lo empírico, nos hace caminar por el límite de la disciplina con el riesgo de tecnologizarnos. Ver el continuo, la vinculación, transitar por el puente que une recursivamente ambos espacios, nos enriquece y nos otorga una identidad única en el campo de la generación de conocimiento en las Ciencias Sociales, donde ninguna es más relevante que la otra para nuestra disciplina histórica, situada y contextual.

Es responsabilidad de las universidades la formación de trabajadoras/es sociales integrales, que tengan un piso común en lo disciplinar, teórico, metodológico e investigativo y, que porten un alto sentido ético, con competencias y habilidades que permitan el despliegue de la profesión, cualesquiera sean los ámbitos o funciones de su ejercicio. Asumir dicha responsabilidad y persistir en ello en los espacios de formación es un eje central que otorga mayor robustez al trabajo social, independiente del sello institucional y de la casa de estudio en que obtuvo la formación, puesto que sus destinatarios/as son personas, familias, comunidades, organizaciones, colectivos, entre otros, de una misma sociedad que demanda de respuestas más complejas, donde la interseccionalidad y amplitud de saberes se conjugan para la comprensión de una sociedad en movimiento, cambiante y en tensión.

Por ello, creemos indispensable que se levante un perfil profesional en la formación de trabajadores y trabajadoras sociales, que aúne mínimos, de tal modo de reconstruir la impronta disciplinar proyectada hacia los requerimientos de una sociedad cada vez más líquida y compleja, sin olvidar la impronta histórica cargada de historicidad e identidad.

Referencias

- Atkinson, R.& Flint, J. (2001). Accessing hidden and hard-to-reach populations: Snowball research strategies. *Social Research Update*, (33): 1-5.
- Barriga, L. y Martínez, M.A. (2011). Mary Richmond en la perspectiva del Trabajo Social en España. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 113-121. En

- http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2011.v24.36862
- Bouquet, B. (2011). Mary Richmond: una semblanza personal e intelectual (1861-1928). *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 13-21. Disponible en http://dx.doi.org/10.5209/rev_CUTS.2011.v24.36850
- Castañeda, P. (2014) *Propuestas Metodológicas para Trabajo Social en intervención Social y Sistematización*. Cuaderno Metodológico. (1ª. Ed.). Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- Carballeda A (2013) *La Intervención en lo Social como proceso – una aproximación metodológica*. Buenos Aires. Espacio Editorial.
- Chalmers, A. (1990). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*. Madrid: Siglo XXVI de España editores, s.a.
- Corbetta, P. (2007). *Metodología y Técnicas de Investigación Social*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Deleuze, G. (1989). *¿Qué es un dispositivo?*, en *Michel Foucault filósofo*. Barcelona: Gedisa, p.p. 155 -163
- Díaz, L. (2006). Producción de conocimiento sobre trabajo social en las unidades académicas de Bogotá en el período comprendido entre 1995 a 2003. *Tabula Rasa*.5, 247-259, Bogotá - Colombia
- Dodd, S. & Epstein., I. (2012). *Practice-Based Research in Social Work: A Guide for Reluctant Researchers*. New York: Routledge. Taylor &
- Francis. <https://doi.org/10.1080/08841233.2012.722047>.
- Figari, C., y Haber, A. (2010). *Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica*. Recuperado https://epistemologiascriticas.files.wordpress.com/2011/05/figari_conoc-situado.pdf
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las Cosas, Una arqueología de las Ciencias Humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Ed.
- Foucault, M. (1979). *La arqueología del Saber*. México: Siglo XXI Ed.
- García, L. (2011). ¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben. *Aparte Rei revista de filosofía*, 74, 1-8. Disponible en <http://www.serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fanlo74.pdf>
- García, P., García, R., Esnaola, M., Curieses, I., Álvarez, D y Millán, R. (2015). El trabajo social en Mary Richmond. La fundamentación de su teoría. *Trabajo Social Hoy*, 74, 17-34. DOI: <http://dx.doi.org/10.12960/TSH.2015.0002>
- González- Saibene, A. (2014). El Mito del “objeto” en Trabajo Social. *Rumbos TS*, 10, 10 -37. Disponible en <http://revistafacso.uccentral.cl/index.php/rumbos/article/download/93/89/>
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, Cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Lorente, B. 2002. Trabajo social y ciencias sociales. Poder, funcionalización y subalternidad de saberes. *Trabajo Social* 4(41)-59. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/32516>
- Lugones, M. (2014) Hacia un feminismo decolonial. *Revista La Manzana de la Discordia*, 6 (2), 105-119
- Muñoz-Arce, G., Hernández-Mary, N. y Véliz-Bustamante, C. (2017). La relación entre investigación e intervención social: voces desde el trabajo social chileno. *Trabajo Social Global – Global Social Work. Revista de Investigaciones en Intervención social*, 7 (12), 3-24.
- Palma, D. (1971). La praxis Científica en Trabajo Social. *Revista de Trabajo Social*, 3 5-9. Disponible en <https://repositorio.uc.cl/xmlui/bitstream/handle/11534/6315/000381307.pdf?sequence=1>
- Travi, V. (2011). Conceptos e ideas clave en la obra de Mary Ellen Richmond y la vigencia actual de su pensamiento. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 57-67.
- Cazzaniga, S. (2009) *Producción de conocimientos y formación profesional. Algunas consideraciones*. En: la investigación en trabajo social, Vol. VIII, pp. 13-22. Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná.